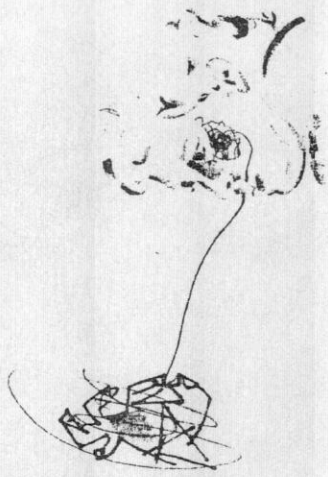


# Revista de Occidente



## EL PODER INTERNACIONAL DEL ESPAÑOL LENGUA, CULTURA, ECONOMÍA

JOSE LUIS GARCÍA DELGADO • JOSÉ ANTONIO ALONSO  
JUAN CARLOS JIMÉNEZ • MANUEL SANTOS RIEDONDO  
JORGE DURAND • PATRICIA ARIAS

## ESTÉTICA VS. ESTUDIOS CULTURALES

HACIA UNA TEORÍA DE LOS BIENES SIMBÓLICOS  
GIUSEPPE PATELLA

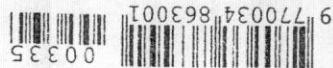
ERAN SEIS HERMANAS

EL FOLLETÍN DE LAS MITFORD

JUAN FORN

Vineta: SECUNDINO HERNÁNDEZ

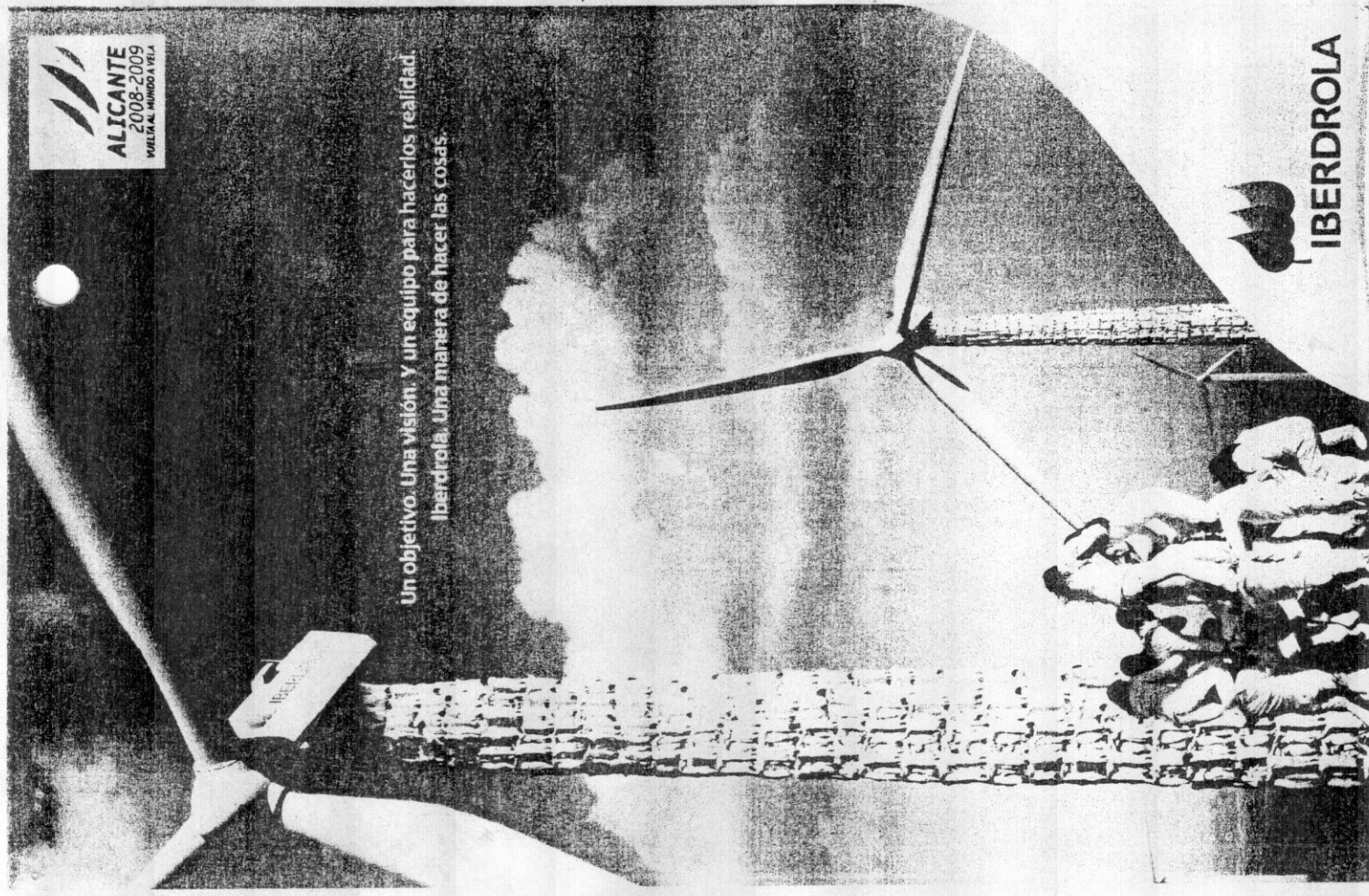
Revista de Occidente



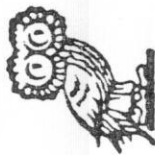
Abril 2009



Un objetivo. Una visión. Y un equipo para hacerlos realidad.  
Iberdrola. Una manera de hacer las cosas.



# Revista de Occidente



N.º 336

Mayo 2009

## ORTEGA Y LA FILOSOFÍA ESPAÑOLA

### SUMARIO

- Lengua, cultura, economía (Una presentación).*  
**José Luis García Delgado** 5  
*Cultura y desarrollo: bases de un encuentro obligado.*  
**José Antonio Alonso** 9  
*El poder de compra del español en el mundo.*  
**Juan Carlos Jiménez** 21  
*La cultura y los economistas. Manuel Santos Redondo*  
*Culturas migratorias de ayer y de hoy. Jorge Durand*  
*y Patricia Arias* 37  
**ENSAYO** 52  
*Hacia una teoría de los bienes simbólicos. Giuseppe Patella*  
*Rilke-Pasternak-Tsvietáeva: las cartas del verano de 1926.*  
**Andrés Barba** 63  
*Eran seis hermanas (Folleto). Juan Forn* 77  
**ENTREVISTA** 87  
*Juan José Sebréli: contra héroes y falsantes (Crítica de cuatro*  
*mitos argentinos). Reina Roffé* 99  
**CREACIÓN LITERARIA**  
*Ocho poemas. Kristin Schulz. Presentación de Ela Fernández*  
*Fernández-Palacios y Ana R. Calero Valera* 114  
**NOTAS**  
*Una migrada sobre viejos temas: el Humanismo italiano*  
*y el renacer de la cultura. Rocio Orsi Portalo* 135  
*Lloremos por ti, Argentina. Ricardo Bada* 145  
**LIBROS**  
*Viajes con Kapucinski. Ignacio Blanco Alfonso* 149

# Revista de Estudios Orteguianos

**Nueva edición de *Obras completas***  
José A. Pascual

**Papeles de trabajo de José Ortega y Gasset**  
*Notas de trabajo de la carpeta*  
Artículos (1934-1947)  
José Ortega y Gasset

**Itinerario biográfico**  
Paquiro o de las corridas de toros:  
*Ortega y la tauromaquia*


**Artículos**  
Jesús Conill Sancho, Stelios Karayannis,  
Fernando H. Llano Alonso,  
Marta Campomar, Javier Zamora Bonilla

**La Escuela de Ortega**  
*El "curso" de Ortega y Gasset*

*Carta a un amigo: evolución filosófica*  
de Ortega y Gasset  
Manuel García Morente

**Clásicos sobre Ortega**  
*"La rebelión de las masas"*  
Hermann Hesse

**Reseñas • Tesis doctorales • Bibliografía Orteguiana 2007**

16/17  2008

Centro de Estudios Orteguianos. Fundación José Ortega y Gasset  
c/ Fortuny, 53. 28010 Madrid

Tel.: 91 700 41 39 --- Fax: 91 700 35 30 --- E-mail: [estudiosorteguianos.secretaria@fog.es](mailto:estudiosorteguianos.secretaria@fog.es)  
<http://www.ortegaygasset.edu>

dual, aislada, produce migrantes pero no genera cultura migratoria.

Como es sabido, desde mediados del siglo XIX y hasta la década de 1950 se desataron grandes desplazamientos de población hacia América Latina y Estados Unidos. Los españoles llegaron a todos los países latinoamericanos, pero las más numerosas y vigorosas comunidades de inmigrantes se desarrollaron en Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Venezuela; los portugueses prefirieron Brasil y Venezuela; los italianos y la población de origen judío de diversas nacionalidades, Argentina; los alemanes, Brasil y Paraguay; los japoneses, Perú y Brasil; los chinos, Perú, Panamá, Cuba y Costa Rica. Estados Unidos, por su parte, recibió oleadas incesantes de europeos (alemanes, checoslovacos, finlandeses, griegos, húngaros, irlandeses, italianos, lituanos, polacos, rusos, suecos), asiáticos (chinos, japoneses) y, desde el sur, sus vecinos mexicanos.

### *La cultura del no retorno*

Esas grandes migraciones, que salían de pequeñas poblaciones, atravesaban países y cruzaban océanos, estuvieron asociadas al no retorno y a la lenta pero inexorable disolución de los lazos familiares y comunitarios entre los que se iban y los que se quedaban. Los migrantes, por lo regular, hombres o mujeres jóvenes y solos, salían con el propósito de no volver. Las familias habían aprendido a dejar partir a algunos miembros de su por lo regular numerosa prole, a permitirles buscar un destino distinto, desde luego mejor, muy lejos de sus terruños empobrecidos. El coste era elevado, pero había que pagarlo. Las familias y las comunidades habían aprendido también que lo que quedaba era disciplinar la angustia, rezar y confiar en que Dios guiaría por buen camino los pasos del migran-

## Culturas migratorias de ayer y de hoy

Jorge Durand y Patricia Arias

La cultura migratoria surge de una experiencia compartida que incluye tanto a los que son catapultados a nuevos destinos como a los que permanecen en los lugares de origen. Se trata de un conjunto de conocimientos, prácticas, usos, ajustes, costumbres, soluciones, tradiciones, normas y sanciones que acunán los individuos y las comunidades que han estado expuestas, durante un tiempo más o menos prolongado, a algún tipo de modalidad migratoria. La cultura migratoria es un hecho social que se constituye a través de las generaciones en espacios específicos y tiempos determinados.

Para que ésta se desarrolle, arraigue y genere códigos comparados y reconocibles debe existir un proceso de socialización de la experiencia migratoria a nivel comunitario, regional, nacional incluso. La cultura migratoria surge cuando la migración se convierte en un proceso generalizado, masivo, que abarca a un buen número de personas, familias, localidades. La experiencia indivi-

te hasta su destino final. Allá, el hijo, el nieto, el hermano, comería una nueva vida, de la cual, gracias a las cartas, conocerían fragmentos esporádicos y con varios meses de retraso. El intercambio epistolar era clave, en realidad el único recurso, para mantener el contacto entre los ausentes y sus familias. Además de transmitir noticias, las familias recurrían a las cartas para solicitar dinero a los migrantes y para mantenerlos informados de cuestiones relacionadas con la herencia de bienes y propiedades que habían dejado (Thomas y Znaniecki, 1958). Como quiera que fuese, con los años, los lazos, compromisos, bienes empezaban a perder vigor y urgencia.

De que la decisión de migrar era definitiva daba cuenta, por ejemplo, el equipaje de los viajeros. A principios del siglo XX, un fotógrafo de la oficina de inmigración de Ellis Island, por donde ingresaban a Nueva York los barcos con inmigrantes provenientes de Europa, se dio cuenta de que además de su modesta ropa de viaje, los inmigrantes atesoraban prendas muy seleccionadas de sus vestimentas festivas tradicionales, lo que le permitió retratar con profusión a bohemios, croatas, lituanos y tantos más en hermosos y exóticos atuendos (Chermayeff *et. al.*, 1991). Además, por supuesto, los migrantes portaban imágenes religiosas, devocionarios, libros, juegos de naipes, instrumentos musicales, herramientas, alfombras y textiles, fotografías, objetos de familia, condimentos e instrumentos de cocina para intentar reproducir sabores añorados, piezas de joyería para lucirlas pero que también podían sacarlos de apuros.

Quizá las migraciones entre países fronterizos eran algo distintas. A Robert Redfield, que estudió la comunidad mexicana de Chicago en los años 1924-1925, le llamó mucho la atención que esos migrantes, a diferencia de los de otros lugares, se desplazaran sin objeto alguno; que tuvieran tan pocas cosas (Arias y Durand, 2008). Desde luego que eran muy pobres e itinerantes, pero quizá

pesaba en ellos la posibilidad de regresar, algún día, a su patria. Entonces ¿para qué cargar con cosas que iban a poder tener a su retorno?

Por lo regular, los inmigrantes se insertaban en comunidades étnicas que correspondían, si no a sus comunidades, sí a sus países de origen. La llegada de nuevos contingentes fortalecía el poder de negociación de los diferentes grupos étnicos en Estados Unidos. La comunidad étnica era crucial para hombres y mujeres, pero para ellas tenía una función adicional: era una manera de eludir las redes de prostitución que asediaban y capturaban a las migrantes solas (*ib.*). Allí, en barrios pobres y poblados, los recién llegados recibían cobijo, acceso a trabajo, consejos, asesoría cultural en prácticas y rituales que les permitían comenzar a entender, descifrar y adaptarse a una lengua, usos y costumbres diferentes a los suyos.

Aunque el recién llegado formaba parte todavía de una comunidad migrante y una cultura migratoria, al mismo tiempo recibía los impulsos, aprendía los límites, entendía las posibilidades, aceptaba las reglas de juego y empezaba a descifrar y compartir los códigos culturales de la sociedad de destino.

La comunidad étnica, dicen Portes y Rimbau (2006), resulta clave para la inserción de la primera generación de inmigrantes, pero su relevancia decrece en la segunda generación, cuyo objetivo es integrarse en la sociedad de destino. Es un proceso complejo, pero posible, en especial en sociedades que han sido conformadas por sucesivos flujos migratorios, como la norteamericana. La lengua y la educación resultaban cruciales para trazar la línea entre los migrantes y los inmigrantes.

### *La cultura del retorno: el caso mexicano*

Quizá el ejemplo más acabado y prolongado de cultura migratoria de retorno se generó en el caso de México-Estados Unidos. O, al menos, ha sido la más estudiada. La migración de trabajadores mexicanos, iniciada a fines del siglo XIX, acuñó una cultura migratoria con códigos compartidos en ambos lados de la frontera que persistió hasta la década de 1990, es decir durante un siglo.

La migración entre esos dos países que comparten una frontera de más de tres mil kilómetros y una desigualdad económica inabarcable, generó mecanismos que permitieron, durante décadas, perpetuar la migración pero, al mismo tiempo, asegurar el retorno y ser lo menos disruptiva de la organización social tradicional en las comunidades de origen en México. Así las cosas, todos sabían lo que había que hacer —y lo que no había que hacer— para que la migración cumpliera los objetivos familiares y personales que la imponían, la impulsaban, la pautaban.

Las carencias de las sociedades rurales en México —la mayor cantera de migrantes— y la oferta de trabajo en la boyante y demandante economía de Estados Unidos dio lugar a un patrón migratorio particular: un flujo predominantemente masculino, de hombres jóvenes, de carácter laboral, temporal y de retorno que se volvió característico, eficiente, repetible (Durand y Massey, 2003). Las mujeres que se iban solían hacerlo para acompañar a cónyuges, padres y hermanos; sólo en muy menor medida eran mujeres solas. En la década de 1920, Redfield calculaba que había diez hombres solos por cada familia mexicana que había llegado a Chicago (Arias y Durand, 2008).

Hay que recordar que el regreso a las comunidades tenía que ver con una característica fundamental de la migración entre 1964 y 1986: se trataba de un flujo de trabajadores indocumentado, lo que significaba que la mayor parte de los migrantes carecía de de-

rechos laborales, sociales, políticos en Estados Unidos. Como quiera que fuese la perpetuación de ese patrón migratorio supuso la creación de una cultura migratoria particular. El migrante, soltero o recién casado, tenía el compromiso de empezar a enviar dinero, lo más pronto posible, a su familia en México, en especial, a sus padres y esposa, si era el caso. Dejar de mandar dinero se sancionaba en ambos lados de la frontera. Las familias residentes en Estados Unidos empezaban a escamotearle al migrante incumplido los apoyos que requería para vivir y trabajar (alojamiento, acceso a redes de trabajo), lo cual resquebrajaba cualquier proyecto migratorio.

Por lo regular, el migrante enviaba las remesas a sus padres, que se encargaban de proveer a la esposa e hijos que aquél había dejado. Era muy común que las esposas de los migrantes permanecieran en casa de sus suegros. Los padres, en especial la madre, guardaba y hacía rendir los ahorros e inversiones del migrante. La reforma agraria garantizaba el acceso a la tierra —el ejido— y un solar urbano a todos los miembros adultos reconocidos de una comunidad rural. Pero no la casa, algo que con los magros recursos del campo era inalcanzable. Así, uno de los objetivos centrales de la migración fue, durante mucho tiempo, la construcción de una casa propia que aseguraba un mejor retorno al pueblo (Massey *et al.*, 1991).

Los padres y la esposa se encargaban, además, de velar por los derechos comunitarios del migrante: participación en asambleas, cumplimiento de faenas, pagos y contribuciones. Esto era fundamental. Sólo así el migrante podía mantener la vigencia de sus derechos en la comunidad de origen, que eran los que le daban acceso a tierra para cultivar y solar para vivir. Pero el migrante, a su vez, tenía que enviar y reiterar las señales sociales del retorno.

Un indicador importante era el regreso anual del migrante a su tierra. La fiesta patronal era el momento por todos escogido para

el retorno, que solía durar entre uno y tres meses, por lo regular a partir de diciembre, cuando arreciaba el invierno y disminuía el trabajo en Estados Unidos. Muchos pueblos cambiaron de fecha sus fiestas patronales para acomodarlas al periodo de retorno de los ausentes. Durante los días de la fiesta, el migrante se dejaba ver: visitaba a familiares y parientes; invitaba a las autoridades civiles y religiosas; se informaba de la situación local y acordaba o posponía inversiones; asumía compromisos familiares, religiosos y comunitarios para el retorno: establecimiento de padrinos; aceptación de la mayordomía de alguna imagen del templo o de puestos en el ejido; pago de contribuciones para obras públicas y sociales.

La endogamia y la permanencia de las esposas era otro indicador del retorno del migrante. En el caso de los solteros, la endogamia. Se esperaba que el migrante, en alguno de sus regresos anuales, se comprometiera o casara con la novia que había dejado en el pueblo. La exogamia, más aún con extranjeras, era muy mal vista, porque, entre otras cosas, abría la posibilidad del no retorno. Las comunidades mexicanas que poco a poco se habían conformado en Estados Unidos velaban por el cumplimiento de esa norma matrimonial. Una carta, una llamada telefónica y la familia se enteraba de cualquier intento de transgresión y aplicaba los correctivos correspondientes: un rápido retorno del migrante para casarse en el pueblo. La transgresión y el peligro estaban conjurados. Después, podía volver a migrar.

De esa manera, el migrante, después de una etapa migratoria que no solía exceder de cinco años (Massey *et. al.*, 1991), regresaba a su terruño y se reinsertaba, sin mayores contratiempos, en las tramas social, económica y política locales. Había cumplido todos los compromisos, prácticas y rituales pautados por la cultura migratoria para hacer de la migración una experiencia viable y positiva que aseguraba el retorno. En esa cultura migratoria se educa-

ban las sucesivas generaciones de migrantes de comunidades y regiones. Los hijos, apenas despuntaba la adolescencia, comenzaban a seguir y reproducir los pasos del abuelo, del padre, del tío, del hermano mayor.

### *La nueva cultura del no retorno*

Sin embargo, desde la década de los 90 las cosas empezaron a cambiar en América Latina, como en tantas partes. La puesta en marcha del modelo de desarrollo neoliberal desató muchos cambios: la crisis de la agricultura tradicional y el debilitamiento del entramado social rural, la transformación de las condiciones de vida y el empleo formal en las ciudades. Esto, asociado a transiciones demográficas y cambios culturales, modificó los escenarios y expectativas de la migración. La perpetuación de la brecha entre países ricos y pobres ha obligado a la gente a buscar, de manera desesperada, salir de sus terruños. Pero para no volver. En el caso de México, la migración se ha convertido en un flujo familiar, prolongado, indefinido y de retorno incierto (Durand y Massey, 2003). En verdad, cada vez más definitivo. Es el caso de los bolivianos y peruanos en Argentina; de los peruanos en Chile; de las colombianas, dominicanas, ecuatorianas en España e Italia; de los peruanos y brasileños en Japón; de todos y todas en Estados Unidos.

La migración como una tendencia definitiva se advierte de varias maneras. Se manifiesta en la intensificación de la migración femenina y familiar. Ahora son las mujeres, en especial, las colombianas, dominicanas, ecuatorianas, peruanas, cada vez más las mexicanas, las que inician las trayectorias migratorias a las que buscan sumar, lo más pronto posible, a sus cónyuges pero sobre todo a sus hijos. Las mujeres han encontrado en la migración una vía no sólo para mejorar su situación económica, sino también para salir

—o huir— de condiciones y relaciones de género muy desiguales que persisten en sus lugares de origen y condicionan patrones de resistencia, control moral, exclusión social, derecho al trabajo y el destino de los ingresos, a la educación de los hijos, violencia conyugal y familiar. No es que la migración modifique tajantemente esas situaciones, pero varios estudios han constatado que, separadas de sus contextos tradicionales, existe la posibilidad de negociar relaciones conyugales menos jerárquicas, menos desiguales.

Se advierte también en el bagaje de los migrantes. Como no piensan o no pueden regresar, han comenzado a llevarse sus imágenes y fiestas tradicionales a los lugares de destino. Los talleres de confección de pinturas y esculturas de imágenes sagradas de Perú o México están saturados de pedidos para Estados Unidos y Europa. Allí, las imágenes de cada región y país han comenzado a reunirse para celebrar festividades que congregan a bolivianos, peruanos, ecuatorianos en algún lugar de España, por ejemplo. Al mismo tiempo, y en tiempo real, todos envían fotografías de esa fiesta panamericana a sus lugares de origen, muchos de los cuales conocen por primera vez el nombre de una imagen tan distinta pero tan similar a la suya.

Los migrantes de hoy cargan sobre todo con lo que les permita recrear una nostalgia profunda del no retorno: la gastronomía, el disfrute de esos platillos tan arraigados en la memoria de las sensibilidades. Los familiares que los visitan viajan atiborrados de las delicias íntimas de cada terruño, han aparecido circuitos que hacen llegar productos de cada tierra a lugares alejadísimos, han surgido restaurantes y locales de comida «étnica» muy parecida a la de las tierras originales.

Los migrantes se han apropiado de las nuevas tecnologías de comunicación para mantener un contacto estrecho, lo más cercano posible al tiempo real, con familiares y paisanos: correo electrónico, blogs, páginas electrónicas que muestran la belleza añorada de

los terruños. Por Internet circula información, fotografías de eventos y personas. Se trata de estar en intensa comunicación, pero no de volver. No al menos mientras duren sus vidas laborales.

La migración como fenómeno generalizado de no retorno ha afectado de manera severa a los lugares de origen. La ausencia indefinida, la salida de mujeres, la migración familiar, tienden a restringir, ralentizar y diluir la fuerza de los compromisos familiares y comunitarios de los migrantes. Las comunidades de origen, por lo regular muy empobrecidas y envejecidas, prestan cada vez menos servicios a sus migrantes y éstos tienen cada vez menos razones para enviar remesas, menos aún para hacer inversiones.

Al mismo tiempo, los migrantes tienen que luchar, con todos los recursos posibles, por vivir, pero además por ser reconocidos y aceptados en los nuevos destinos desde la primera generación. Ya no quieren, como antes, permanecer separados, excluidos en comunidades étnicas. Muchos han encontrado en las leyes de inmigración que favorecen a hijos y nietos de antiguos migrantes en América Latina un recurso para hacerse ciudadanos españoles o italianos. Pero saben que son vistos como diferentes, muchas veces discriminados. Pero ya no se trata de principios del siglo XX, donde la discriminación corría en paralelo con la necesidad acuciante de trabajadores. Hoy por hoy, se trata de un contexto mundial asolado por la crisis. Aunque ya no existen culturas migratorias nítidas y predecibles que sirvan como brújula de navegación para los viajeros, los migrantes están construyendo culturas migratorias, quizá ya no tan locales, quizá más de conglomerados como los que forman los latinos en Estados Unidos, por ejemplo, que les permitan afrontar, confrontar, resolver, sortear los mil peligros de las aguas siempre turbulentas y cambiantes de la diáspora y la acogida.



## REFERENCIAS

- Arias, Patricia y Jorge Durand (2008), *Mexicanos en Chicago. Diario de Campo de Robert Redfield, 1924-1925* (Investigación y edición). México, Miguel Angel Porrúa, Universidad de Guadalajara, Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades, Centro Universitario Lauros de Moreno-El Colegio de San Luis-CIESAS.
- Chermayeff, Ivan, Fred Wasserman y Mary J. Shapiro (1991), *Ellis Island. An Illustrated History of the Immigrant Experience*. New York, Macmillan Publishing Company.
- Durand, Jorge y Douglas S. Massey (2003), *Clandestinos. Migración México-Estados Unidos en los albores del siglo XXI*. México, Universidad Autónoma de Zacatecas-Miguel Angel Porrúa.
- Massey, Douglas S. et. al. (1991), *Los auentes. El proceso social de la migración internacional en el occidente de México*. México, Conaculta-Alianza Editorial.
- Portes, Alejandro y Rubén G. Rumbaut (2006), *A Portrait of Immigrant America*. Berkeley, University of California Press.
- Thomas, William I. y Florian Znaniecki (1958), *The Polish Peasant in Europe and America*. New York, Dover Publications Inc.

J. D. y P. A.

■ ENSAYO

## Hacia una teoría de los bienes simbólicos

Giuseppe Patella

### ¿Todo es cultura?

Hoy no deja de repetirse que todo es cultura. Cualquier cosa puede ser objeto de interés y de valoración cultural, cargarse de relevancia cognoscitiva e intelectual. La ropa, la sexualidad, la alimentación, el deporte, el tiempo libre, por ejemplo, no son sino expresiones culturales que vehiculan mensajes muy articulados, para cuya decodificación se requieren conocimientos y agilidad de pensamiento, junto a una capacidad crítica vasta, articulada y sobre todo flexible.

En tiempos de globalización y post-globalización, como alguno los denomina, la pregunta que hemos de plantearnos es si nuestras tradicionales disciplinas de estudio, tal como las conocíamos y se encontraban organizadas hasta hoy, están efectivamente equipadas para enfrentarse a las profundas transformaciones que a todos los niveles afectan a la sociedad, a los individuos y al saber. ¿Qué